

Cuentiembre - Mangels García Aranda

Mangels García Aranda

Image not found.

Capítulo 1

1 de Noviembre

Sansón y Bea

Érase una vez un gato, Sansón. De pelaje gris oscuro y ojos verde esmeralda. Sansón recorría la casa de un extremo a otro a la misma velocidad que saltaba por las paredes.

No salía de casa, jugaba a esconderse por todas partes para luego aparecer por sorpresa dentro de una caja de herramientas o encima de la pecera. Miraba con esos ojos de gato, esas pupilas mágicas que brillan en la oscuridad.

Una noche, mientras deshilachaba el sofá, Sansón oyó un ruido en el cristal de la ventana, y movido por la curiosidad, se acercó sin hacer ruido, como de puntillas, para ver de qué se trataba.

Era Bea, que salía de trabajar. Tarde para ser lunes. Amaba a los gatos, y siempre que podía, se asomaba por la ventana de aquella casa y jugar con Sansón a través del cristal. Merecía la pena salir tarde si luego coincidía con él. Golpeaba la ventana con los nudillos y Sansón acudía al instante, como si nunca la hubiera visto, como si fuera la primera vez que jugaba con ella.

Y se sentaba en la repisa, jugando a arañar la ventana con esas uñas afiladas, desgastadas por haber removido la tapicería. Y en ese instante dialogaban, sin palabras, como leyéndose las ideas. Sansón se hacía el sorprendido y jugaba a hacerla reír con sus saltos por todo el salón, mientras Bea se dejaba conquistar por aquel espectáculo. Ella también arañaba el cristal, era su forma de aplaudir. En el fondo, también es un poco gata. Los dos compartían esa mirada verde y felina. Quizás por eso se entendían tan bien.

Un día, Sansón empezó a echarla de menos. Cada vez que sonaba el cristal, se asomaba para jugar con ella, pero nunca estaba. Era el viento, la lluvia golpeando contra la fachada, o los niños saliendo de la escuela, que al correr, hacían vibrar aquella ventana vieja. Pero Bea nunca aparecía tras ella. Se sentó en la repisa a esperarla, movido por la idea de que quizás se estaba quedando sordo y por eso no la escuchaba golpear el cristal, como de costumbre. Pero tampoco la veía. Empezó a echar de menos sus juegos, su manera de tocar el cristal, su sonrisa y su mirada, que era igual que la suya. Y así pasaban los días, entre ovillos y bolas de papel, pero sin ella. Sin esa mirada cómplice que le decía con sólo sonreír, que era el mejor de los gatos, esa mirada que lo hacía sentir como un tigre. Sansón empezó a echarla de menos y acabó por aceptar que la

había perdido para siempre, el mismo día que comprendió que esperar en la repisa no la iba a traer de vuelta.

Pero un día el cristal sonó distinto. No era el viento azotando las casas. No era la lluvia ni los niños saliendo de la escuela. Movidó por la curiosidad de ese ruido tan familiar, caminó sin hacer ruido, como de puntillas, como si fuera la primera vez que se acercaba a aquella ventana. Y allí estaba Bea. Tarde para ser lunes, buscando por la ventana aquel gato de pupilas verticales y pelo brillante. Y como si fuera la primera vez que la viera, Sansón empezó a dar saltos de felicidad, a mover el rabo de un lado a otro, como si fuera el péndulo del reloj de cuco que vio pasar las horas que esperaba en la repisa. El mismo reloj que fue testigo de ese mismo instante y de la complicidad de aquellas miradas gatunas. En ese momento, Sansón comprendió que una amistad como la de Bea, no podía deshacerse como la tapicería del sofá. Y Bea comprendió que, aunque ahora tenía coche nuevo para ir y volver del trabajo, necesitaba aparcar enfrente de aquella casa vieja para jugar con aquel felino de ojos verdes y temperamento de tigre.

Capítulo 2

2 de Noviembre

Había una vez una noche de otoño. Era una noche lluviosa pero no demasiado fría, al menos dentro de la habitación. La lluvia chocaba con fuerza contra los cristales. Tanto, que se podía disfrutar de la música que encerraban las gotas al caer.

Había esa vez una soledad y una tristeza perfectas, en perfecta sintonía con esa tormenta. Aquel chaparrón, ese llanto del cielo, era necesario para lavar las ideas, para poder cerrar etapas, para poder decir adiós en paz y construir un nuevo comienzo.

Esa vez la luz era tenue e invitaba al silencio, únicamente interrumpido por los relámpagos o por el ruido de los dedos sobre el teclado del ordenador.

Olía a tierra mojada y a café recién molido. Las manos abrazando la taza y la manta el cuerpo. Imposible pasar frío, aun con el filo de la ventana abierto.

Aquella noche llovía paciencia y constancia para ir cerrando heridas abiertas. Ahora tocaba una tregua. Imposible no tener el corazón caliente, como el café recién hecho a las tantas de la noche.

Disculpen la ausencia de un nudo y desenlace, pero no quiero estropear el escenario de aquella noche perfecta.

Capítulo 3

3 de Noviembre

Como cada mañana, sentada sobre el muro, esperó a que el sol bañara el horizonte de luz. Todos los días, desde hacía un tiempo, mantenía una conversación con ese horizonte que separaba el cielo del mar, lo divino de lo terrenal. Lanzaba preguntas a aquellas rocas, y eran las olas las encargadas de hacérselas llegar, como un mensaje en una botella. El horizonte respondía encandilando su mirada o azotando el muro con la energía de las olas. Su paloma mensajera era el sol, el viento y las mareas. Confiaba en el horizonte porque era sincero y siempre la escuchaba. Sentarse en el muro era algo que se había convertido en parte de su rutina.

- Dime, ¿qué te trae hoy por aquí?
- No lo sé exactamente, supongo que estoy confundida
- Has venido al lugar perfecto. Casi todos ganan nitidez en este sitio

Quedó un rato pensativa, como suplicándole algo

- Un momento, no pretenderás que te diga qué camino elegir, ¿verdad? Si te quedas, te aseguro que encontrarás por ti misma tus respuestas
- Pero no sé ni cuáles son las preguntas ¿Qué otra opción tendría?
- Puedes elegir entre quedarte y salir del laberinto, o venirme conmigo. Aquí no hay nada de qué preocuparse. El cielo está lleno de estrellas, tú podrías ser una de ellas.
- Sería bonito, ¿verdad?

El horizonte quedó callado. Le regaló un ratito de silencio, un trozo de inmensidad que le hizo estremecerse y darse cuenta de lo pequeña y grande que es al mismo tiempo

- Entonces ¿quieres venirme conmigo? ¿Para siempre?

Necesitó respirar profundo. El aire cargado de salitre inundó sus pulmones, y al exhalar, decidió arrojar todo su miedo, su ira y su tristeza, que se esparcieron como cenizas sobre la espuma en las rocas

- Prefiero quedarme. Siempre es demasiado tiempo. Mucho más de lo que tardaría en resolver todas mis dudas.

Esa mañana, el horizonte la retó a ponerse de pie sobre el muro y le regaló una brisa tan dulce como su cara. Tenía razón, se marchaba de allí con más amor hacia sí misma del que traía. Las olas están cargadas de

tantas cosas buenas que es imposible pasar por allí sin dejarse empapar por la espuma, el aire salado y el canto de las gaviotas.

Capítulo 4

4 de Noviembre

Noche en vela

Metió en una caja toda la mugre que llevaba arrastrando un tiempo, pensando que aquello la liberaría por completo. Guardó toda su desesperación, encerró su cólera y todos los cajones que guardaban el pánico. Después se metió en la cama, como si el hecho de dormir pusiese el temporizador a cero, marcando un antes y un después. Pero se olvidó de una cosa. Olvidó pedirle permiso a su enredada cabeza para poder pegar ojo. Olvidó que aún había algo que la mantenía atada a todo ese montón de escoria. Olvidó que sin esa pastilla no era capaz de conciliar el sueño, ni siquiera pestañear o echar una cabezada. Y olvidó que anoche fue la última de la caja. – Sólo quedan cinco horas para que amanezca -. Y mientras, la fatiga se apoderaba de ella, a la vez que su corazón latía con fuerza, probablemente por aquella mierda que tomaba. El síndrome de abstinencia no la dejaba quedarse quieta, pero ella era más fuerte que eso. Sabía que no iba a poder pegar ojo en toda la noche, pero también sabía quedarse consigo misma todo ese tiempo. – A ver quién desgasta más al cerebro, la pastilla o yo - . Y aprovechó para leerse los últimos capítulos del libro que quería acabar hace tiempo, aprovechó para imaginar historias y contarlas, para soñar despierta y ver salir el sol.

No fue la noche, sino ese amanecer lo que marcó un antes y un después. Se miró al espejo, cansada, y se dijo: Buenos días, sabía que ibas a poder con esto.

Capítulo 5

5 de Noviembre

Se quedaron sentadas en el banco esperando a que llegara el tren, quizás haría medio año desde la última vez que se vieron en la misma situación, pero ahora era muy diferente. No había una peluca de por medio, ni ojeras, ni palidez, ni ese cansancio que hace poco más de seis meses amenazaba con entretener cada uno de sus movimientos. Tampoco necesitó tirar de ansiolíticos para soportar cuatro horas de viaje sin poder salir del tren.

Esta vez su mochila era diferente también. Llevaba muchas más cosas, pero la carga era menor. Se había despojado de todo aquello que la hacía avanzar más despacio, incluida una parte de sí misma. Quizás por ello el viaje se hacía más llevadero, y por eso y por muchos más motivos (aunque tampoco le hacían falta) se había permitido disfrutar de ese trayecto.

Esa tarde, cuando el tren llegó, se despidieron con otro brillo en los ojos. Sabía que aquella vez no necesitaba ese viaje, no necesitaba desconectar del ruido de los goteros ni del paréntesis que la vida le había obligado a tomarse. Simplemente le apetecía coger ese rumbo. Un rumbo que antes tomaba por necesidad y que ahora era simplemente una elección, un complemento. Se iba, pero sus necesidades más básicas estaban totalmente cubiertas antes de hacer las maletas.

Se miraron a los ojos, contentas y tranquilas. Una, por el viaje en sí y lo que significaba para ella. La otra, porque sabía que estaba en buenas manos, había aprendido a hacerse cargo de sí misma.

Capítulo 6

6 de Noviembre

Finisterre

Anxo había pasado toda su vida entre los prados y el mar. Todo cuanto podía necesitar estaba en aquél rincón, en el fin de la tierra. Había intentado justificarse a sí mismo por el hecho de no haber salido de allí, pero si tenía que coger rumbo hacia alguna parte, sentía que era más allá de aquel diminuto cabo, allá donde el sol se escondía, donde sus ojos no alcanzaban a ver otra cosa. Para él no sólo había sido un remanso de paz y de vida, sino el motor de su existencia. Nido de reflexión, de amor y desazón. Lo tenía todo. Todo lo demás era prescindible.

Anxo ocupaba la mayor parte de su tiempo en el mar. Salía a pescar todas las noches hasta el amanecer, y después ayudaba a hacer las habitaciones de un pequeño hostel familiar que regentaba cerca del cabo. Su padre había sido pescador también, y su madre salía a coger mariscos de la ría de madrugada. Desde cualquier flanco, la vida de Anxo estaba vinculada al mar y al faro. Aquellas luces parpadeantes ya formaban parte del firmamento junto a las estrellas que orientaban a tantos peregrinos.

Algo debía tener ese sitio para atraer a tanta gente. Llegaban de distintos países a borbotones. El camino terminaba en Santiago, pero en tres o cuatro etapas más podían llegar al fin del mundo. Merecía la pena, sobretodo teniendo en cuenta que completar el camino implica no ver el mar durante semanas. Terminar en el cabo, daba la sensación de acabar en el infinito. El rugido de las olas y la brisa fresca aceleraban el descanso y la recuperación después de tantos kilómetros. En el cabo no sólo se respiraba sal, también fluía la satisfacción de haber cumplido una promesa y de haber ordenado ideas. Era un premio a un esfuerzo físico y personal.

Anxo nunca había hecho aquel camino, pero conocía muy bien la sensación que despertaba echar un rato en el cabo. Inmensidad y eternidad. Demasiado grande para no sentirse abrumado.

La primera vez que se enamoró fue gracias al cabo. Era imposible no dejarse embaucar por ese rincón del mundo. Al cabo de los años, ese mismo sitio que le dio el amor, también se lo quitó. Ella quiso descubrir la eternidad que emanaba del horizonte, nada más tenía sentido, y por ello se lanzó al vacío de las olas, dejando un horrible vacío en el corazón de Anxo.

Permanecer en el cabo le dañaba mucho, pero la sal le ayudaba a curar su herida. Anxo sabía que el mar, la espuma y las gaviotas cuidaban de ella,

y eso le reconfortaba.

Pero necesitaba avanzar, y quería hacerlo en dirección opuesta a la de su amada. No quería alejarse, pero sentía una enorme necesidad de ver la inmensidad en otro sitio. Cogió lo poco que tenía y lo cargó en la mochila. Se dio cuenta de que no le pesaba tanto como creía. Y comenzó a andar dejando el faro a sus espaldas. No sabía donde volvería a conocerse, a encontrar el infinito e incluso un nuevo amor, pero si no se atrevía a probarse, estaba condenado a vivir de los recuerdos para siempre.

A veces hay que deshacer el mismo camino que otros han hecho previamente, para construir un nuevo itinerario, un nuevo comienzo.

A veces para encontrarse, es necesario perderse.

Capítulo 7

7 de Noviembre

El día en que conocí a Victoria

La primera vez que escribí en tercera persona para hablar de un personaje inventado nació Victoria. Victoria representaba una batalla ganada aun en la derrota, el sentimiento de satisfacción de haberlo dado todo en el terreno de juego aun sin un final feliz.

Victoria puede ser buena o mala persona, guapa o fea, alta o pequeña. Puede vestir elegante o verse desaliñada. Victoria es una mujer decidida o perezosa. Da igual. Victoria coge las riendas de su vida, y eso no va reñido con mucho más.

Victoria está cansada de tener que explicar por qué está feliz. Como si no lo mereciera al margen de las circunstancias. Siente que para estar feliz, debe haber sufrido, cosa que no termina de entender. Ella ha sufrido, y mucho. Pero ha decidido que su felicidad es algo que ella decide a su antojo, y no deja que el motivo de su sufrimiento sea lo que decida por ella. Victoria es quien decide lo que entra y lo que sale. Si ella decide estar bien, así lo hará, y si no, aceptará las consecuencias.

Victoria está cansada de tener que justificar sus errores. Le agota hacer juicios sobre sí misma, porque tiene que invertir tiempo y energía en algo que no le deja avanzar. En lugar de eso, se fija objetivos y trabaja en ellos. Victoria ha decidido que eso es lo que le va bien a ella, es su opción, ni mejor ni peor que otra cualquiera. Y si en algún momento le funciona otra cosa, no perderá tiempo en explicarse por qué lo uno si y lo otro no, simplemente se pondrá manos a la obra y vivirá una nueva experiencia.

Victoria es una persona. Y las personas pueden ser más serias o desinhibidas, según lo que elijan en cada momento. A Victoria le encanta reír, hacer bromas y jugar con la ironía y el sarcasmo. Porque le apetece. En otro momento de su vida decidirá guardar otras formas, pero ahora elige la risa. Y no por ello merece menos respeto. No por ello merece menos consideración, ni sus discursos son menos meditados o con menos sentido que los de otros. Victoria ha decidido que reír no va reñido a la seriedad en los argumentos. Hubo un momento en que Victoria creía que si no paraba de reír o hacer bromas, nadie la iba a tomar en serio, y por eso tenía que considerar su comportamiento.

A mí a veces me pasa como a Victoria. Quiero estallar de felicidad, sin reprimirme, reír hasta ahogarme. Pero entiendo que no todo el mundo tiene por qué empatizar con mi felicidad. Cada uno tiene su historia, y la mía no tiene por qué ocupar más páginas que las de otros. Ese día

comprendí que compartir está bien, pero hay que hacerlo en la dosis adecuada. Pero también entendí que hay que ser amable, uno no sabe qué lucha hay detrás de cada historia.

Ese día me esforcé por guardar un poco las formas y dejarme empapar por las de otros. Ese día conocí a una mujer. No paraba de reír, aunque fuese en temas serios. A cada comentario que hacía o en cada respuesta optaba por una risa tímida y aguda. Y me conquistó. Porque más allá de aquella risa tierna e infantil, se encontraba una mujer con una vida complicada. Con una batalla personal, ni más o menos grande que la de cualquiera. Pero ella la afrontaba así, riendo. Y sólo por eso consideré que tenía derecho a cualquier cosa.

Al despedirme, me di cuenta de que sabía muchas cosas sobre su vida, pero no cómo se llamaba. Me acerqué a ella y entre risas le dije:

- Un placer conocerte. Espero que nos veamos pronto. Soy Mangels
- ¡Igualmente! Nos veremos por La Ribera. Yo soy Victoria.

Capítulo 8

8 de Noviembre

Martes, 7 de Abril

Martes, 7 de Abril de 1903

Los comerciantes invaden la plaza principal para vender sus cosas, muchas de ellas recogidas esa misma madrugada. En la lonja, sólo se oyen los gritos de la subasta de pescado. Mientras tanto, unas mujeres regatean a un feriante para llevarse unas viandas a mejor precio. Dos agricultores intercambian sus productos, así salen ganando ambos. Unos niños corretean descalzos al ver uno de los primeros vehículos a motor. Sólo quienes podían permitírselo tenían uno.

Martes, 7 de abril de 2015

Hay gente por todas partes, el ruido de la muchedumbre se mezcla con el del motor de los vehículos. En la plaza ya no se vende. Sólo quedan algunos kioskos, de tabaco y prensa, que perduran por tradición familiar. La gente anda deprisa, a la vez que habla por teléfono y come por la calle. Los niños no aparecen en escena. Se presume que juegan en las casas, ajenos al peligro de correr en la ciudad. Sólo quienes podían permitírselo jugaban en los parques que quedaban.

Martes, 7 de Abril de 2054

No hay nadie en las calles. Todo parece estar en ruinas, abandonado y derruido. No hay hombres, ni mujeres ni niños. Empiezan a asomar brotes de malas hierbas por rendijas, grietas y ventanas. Sólo las ratas y algunas aves parecen atreverse a visitar la antigua plaza. De vez en cuando pasa un feriante con un carro para vender sus cosas, recién cogidas de la misma mañana. La abandona, descalzo, esperando su suerte en otra ciudad. Sólo quien puede permitírselo sigue con vida entre los escombros, el humo y la basura.

Capítulo 9

9 de Noviembre

Costa da Vida

Faro de Muxía. Marea alta. Aquel paraje natural mostraba su lado más salvaje. El pueblo era pequeño y cálido. Tenía encanto y se respiraba mar por todas partes. Mar y eternidad. Por detrás del faro, se alzaba un pequeño cementerio, lugar perfecto para descansar en paz.

Llegaron hasta el faro y toparon con algo. Un lugar mágico, lleno de historias y leyendas. Con sólo respirar, uno podía nutrirse de la historia y belleza de aquel sitio.

Había gente pero también mucho silencio. O quizás el ruido de las olas golpeando las rocas ensordecía cualquier otro chivatazo del entorno. O quizás los habitantes mostraban un respeto peculiar por el diálogo que había entre los elementos naturales. ¿Qué misterios encerraría aquel rincón del mundo?

El agua se acercaba a la costa ondeando la superficie suavemente para golpear, sin previo aviso, lo que encontraba al llegar. La explosión que causaba sobre las enormes piedras sólo se hacía notar, aparentemente, con el ruido y la espuma. Sin embargo, poco a poco, las rocas iban tomando formas redondeadas y caprichosas debido a la erosión del agua. Era el mar el que esculpía a su antojo, el que producía grietas y oquedades. El mismo mar que, con constancia y paciencia, embellecía aquel escenario y le daba esa personalidad, esa nota de arte que pocos mares saben dar.

Se sentaron sobre las rocas y observaron detenidamente todos los movimientos y fenómenos que ocurrían, como si se tratara de un conjuro de la naturaleza para explicarles algo. Sólo al detenerse hicieron hueco en sus mentes para lo que venía a continuación. Una voz resonaba, como el eco del aire en una cueva:

El Ser Humano presenta una dualidad. A veces sois rocas. Sois fuertes y nobles, con un gran potencial. Tenéis una gran capacidad para acumular fuerzas de diversa índole. Esto tiene un peligro, y es que llega un momento en que no podéis soportar más tensión y quebráis, como sucede con muchas piedras. Empiezan a aparecer cicatrices y marcas que no pueden volver a soldarse y hacen que os rompáis. Sin embargo, tenéis vuestra parte de agua. Una parte de vosotros se nutre de la constancia, del trabajo diario y la paciencia, puliendo poco a poco todos los pequeños matices que puedan mejorarse. Y es ahí donde encontráis el equilibrio perfecto: El mismo agua que os rompe, si la usáis de forma eficiente,

también va limando heridas y transformando una grieta en una hermosa oquedad o cueva que puede albergar vida. Es la combinación de la acción del agua junto a las rocas lo que resulta en algo tan bello. Utilizar el agua para transformar los pedazos rotos en algo mejor se llama eficiencia.

Quedaron perplejos ante ese mensaje. Sólo les asaltó una duda:

¿Por qué este lugar se conoce como *costa da morte*? ¿Acaso no es una expresión de vida la combinación del mar y las rocas?

*Cierto, tenéis razón. Pero entended que *costa da morte* es un apelativo que utilizaron los humanos para denominar esta zona. Sólo el hombre puede transformar la belleza en algo horrible, la vida en muerte. Muchas personas consiguen ver la sabiduría de la naturaleza y utilizarla para crecer y mejorar. La mayoría, si no se detienen, sólo ven muerte en las grietas.*

Quizás por ello la gente de aquel lugar vivía en esa armonía, fluyendo en consonancia con los movimientos naturales, sin interrumpirlos. Miraron a las olas, admirados por el mensaje que acababan de comprender. La vida sólo es eso, observar, escuchar y abrazar.

Capítulo 10